



WELKOM TO VICÁLVARO

(english below)

Se trata de sublimar lo cotidiano

“La cotidianeidad nos teje, diariamente, una telaraña en los ojos”. Esta frase, no es mía, es del poeta argentino Oliverio Girondo, y supuso, en gran medida, el punto de partida en 2017 de un proyecto fotográfico en el que hoy continúo trabajando. Empecinado en romper esas *telarañas* y en mostrar la belleza, lo singular de la cotidianeidad de un barrio periférico de gran ciudad. Todo ello sin grandes artificios y con una fotografía sincera, sencilla. Este trabajo parte también de la frustración surgida en los viajes que, por aquel entonces, realizaba al centro de la ciudad en búsqueda de esa autenticidad que no encontraba, y en esa belleza sin imposturas, que tampoco. Descubrí, no con poco esfuerzo, que el verdadero kilómetro cero de la ciudad no está en las Puertas del Sol patrias, y sí podemos hallarlo en los barrios.

¿qué es un barrio? En el diccionario de la Real Academia Española se define al *barrio* como *“cada una de las partes en que se dividen los pueblos y ciudades o sus distritos”.* Continúa definiendo al *arrabal* para decirnos que es *“un barrio fuera del recinto de una población y/o grupo de casas o aldea dependientes de otra población aunque estén apartadas de ella”.* Según estas definiciones, el barrio donde resido, bien podría ser más un arrabal que un barrio.

Vaya por delante, querido lector, que no considero que mi fuerte sea la palabra. Que me gusta más, y me cuesta menos expresarme con imágenes que con palabras. Que con textos como este me siento como si jugara a ser escritor, como si fuera *“un intruso”*, al igual que afirmaba sentirse el maestro J.M. Navia en su artículo *“Salteadores de caminos”.*

Con este descargo inicial comienzo a relataros mi andadura fotográfica por el barrio. Pero, el trabajo al que hago mención está realizado íntegramente en el barrio madrileño de Vicálvaro y lleva por título: *“Welkom” to Vicálvaro.* Estar en Vicálvaro es estar prácticamente en cualquier lugar de la geografía de extrarradio urbano de nuestro país. Barrios como Vicálvaro, Villa de Vallecas, Fuencarral, Carabanchel, Villaverde... representan para mí el verdadero kilómetro cero de las ciudades. Es por ellos por donde cualquier fotógrafo que desee mostrar la realidad de una ciudad debería empezar. En los barrios del centro, donde la gentrificación hace estragos, la ciudad es impostada, edulcorada, maquillada. En barrios como estos está la verdadera vida de la mayoría de la gente que reside en la ciudad.

Vicálvaro, antes que barrio, fue pueblo. Es una de las antiguas villas que se anexionaron a la propia Villa de Madrid a mediados del siglo pasado y que empezaron, en ese momento, a formar parte de la gran ciudad. Pero Vicálvaro tiene dos grandes barreras físicas que la aíslan del resto de la ciudad y que al tiempo le dotan de ciertas peculiaridades con respecto a otros barrios. Estas dos barreras físicas son la M-30 y, aún en mayor medida, la M-40. Gracias a ellas, o pese a ellas, nunca llegará a estar plenamente integrado en la ciudad. Al tiempo, ese carácter de antigua villa, todavía hoy presente en muchos ámbitos, hace que Vicálvaro posea su propio casco histórico que le dota de un cierto *“olor a pueblo”.* Es ahí donde se levanta majestuosa y orgullosa su joya de la corona, la iglesia de Santa María La Antigua.

En "*Welkom*" to Vicálvaro muestro la realidad, el día a día de lo cotidiano,

de lo cercano, la belleza de lo invisible y de lo que pasa a menudo desapercibido.

Por otro lado, no busco documentar de manera clásica la vida del barrio, sino más bien de mostrar mi realidad, mi mundo, lo que veo y lo que representa para mí. De alguna manera, Vicálvaro es la excusa, es el vehículo para mostrar mi yo fotográfico.

Este trabajo lo inicié casi al tiempo de comenzar a vivir aquí. Cuando uno se muda a un barrio nuevo, hay cosas que se ponen en valor por encima de, por ejemplo, pasear y mirar sus calles. Primero uno mira hacia dentro, luego se mira hacia fuera. En estos casi cinco años he hecho de Vicálvaro mi casa. En ello ha tenido gran parte de culpa el proyecto fotográfico. Por eso creo que, plantearse un trabajo de estas características, es perfecto para llegar a conocer de una manera más profunda nuestro propio entorno. Pasear cámara en mano por él es muy distinto a hacerlo por otros lugares como el cercano barrio de Salamanca. Vicálvaro es un salto en el espacio y en el tiempo. Los barrios como él no exhiben nada. No son imponentes ni tampoco vanidosos. Sin embargo, no todo es color de rosa en el barrio y hay muchas cosas que se le pueden reprochar. Entre ellas, y aprovecho para dejar constancia de ello; está muy sucio. Y comento este extremo porque, inicialmente, "*Welkom*" nació como una denuncia por este hecho concreto. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para darme cuenta de que, seguir esa línea de trabajo, no hacía justicia ni al barrio ni a lo que verdaderamente este me estaba mostrando de sí mismo. Con esto que comento, se puede deducir que se trata de un trabajo vivo y en constante evolución y que no tiene ningún miedo al cambio.

Tras todo este tiempo, he llegado a la convicción de que cuanto más bonito es un barrio, menos pertenencia a él genera. Los barrios bonitos son de todos, y son de nadie. Más bien son de quien puede permitírselos, como nos cuenta el escritor y periodista Alberto Olmos en su libro "*Vidas baratas. Elogio de lo cutre*" Ed. HarperCollings, 2021. Los barrios actúan como límites de la gran ciudad. La frontera entre lo turístico y lo real. Entre la apariencia, el lujo y las vidas desahogadas y acomodadas, y la filosofía de "*lo segundo más barato*", a la que hace mención el propio Olmos. Aquí es raro ver mujeres y hombres con vestidos y trajes lujosos. Tampoco esperemos encontrar estupendos coches de alta gama (salvo cuando la Junta del Distrito se convierte en el escenario de matrimonios de lo más variopinto). En el barrio cada uno viste como quiere, a veces lo primero que pillas o el "*uniforme del barrio*". No importan mucho la combinación de los colores, ni los estampados imposibles, ni que la camiseta lleve por marca la propaganda de algún bar. No importa llevar un pantalón de chándal con mocasines o salir a comprar el pan en pantuflas y bata. Todo esto forma también parte de él.

Decíamos que el centro de la ciudad nunca es exactamente la ciudad. Él y los barrios cercanos a los que *engulle*, son la *ciudad decorada*. Un parque de atracciones de lo urbano que muestra su mejor cara, tras largas sesiones de bótox, a los turistas patrios o internacionales. El centro de la ciudad es, de alguna manera, lo que los propios turistas quieren que sea. Y por eso nunca llega a ser de nadie. Es de la gente que no vive la ciudad. Nuestra imagen de lo *typical spanish*, lo que más y mejor vende de cara al exterior. Es la España del sol, del flamenco y de las paellas (mejor si es del "*Paellador*"). Bienvenidos a la gentrificación de la ciudad.

En Vicálvaro mi cámara se convierte en un instrumento de *escucha visual* activa. Trata de escuchar lo que tiene que decirle o contarle el barrio. Aunque esa comunicación a veces no sea más que susurros ininteligibles. Quizás, otro día, en otra hora, en otro momento, esos susurros indescifrables se hagan perfectamente entendibles. Vagar durante horas por sus calles, por su polígono industrial, buscando, mirando y muchas veces, la mayoría, sin encontrar. Pero es la gran ventaja de vivir donde uno fotografía. Volver sobre tus pasos es algo sencillo.

Cuando llegas por primera vez a un barrio, tienes la sensación de que nadie te está esperando, te sientes extraño, ajeno. Nada se te ha perdido allí. No en vano, hacerse miembro de derecho de un barrio no es tarea fácil.

Condiciones esenciales -y un tanto de perogrullo- para que esto se llegue a dar son: vivir en él, tratar de conocerlo y, también, tratar que te conozcan. Pero además hay que patear, andar el barrio, perderte por él y sobre todo, dejarte sorprender por todo aquello que te ofrece. Aunque a priori todas las calles son la misma, todas son distintas. Aunque aparentemente no hay mucho que ver, sí que hay que mucho que mirar y, en consecuencia, mucho que fotografiar. En él se pone en juego nuestra memoria cognitiva y visual. Se trata de sacar lo mejor de nosotros mismos.

Aquí tus vecinos probablemente serán jubilados, inmigrantes -chinos, colombianos, ecuatorianos-, familias de etnia gitana y parejas jóvenes con trabajos mileuristas que han encontrado en el barrio una oportunidad de vivir con sus exiguos sueldos. Entre ellos habrá una curiosa variedad de profesionales como taxistas, barrenderos, repartidores, profesores, camareros, funcionarios, pensionistas y muchos, muchos parados. Todo ello conforma un cóctel multicultural y multidisciplinar que normalmente convive en armonía y respeto mutuo. El barrio crea cierta comunidad, cierta cercanía. Es la vida en mil metros a la redonda. Se resiste al cambio; sus vecinos, también. Mientras el resto de la ciudad está inmersa en una constante transformación, él permanece casi inalterable, y eso lo convierte en mucho más interesante para mis propósitos fotográficos.

Pablo Arboleda, arquitecto, investigador universitario y creador del grupo de Facebook: *“Amigos del toldo verde”*, un icono inconfundible y representativo de los barrios de las grandes ciudades, nos dice que *“como todos vivimos en barrios de toldo verde, es como viajar al descansillo de tu casa.”* ¿Y si te quedaras un buen rato mirando y observando el descansillo de tu casa, de tu portal o de tu calle?

Aunque las paletas de colores sean monótonas y los edificios de ladrillos caravista, uniformes y de dudoso gusto estético. Aunque los balcones oxidados estén atiborrados de ropa tendida, colchones usados, bicicletas haciendo el pino, bombonas de butano y viejos compact disc colgados con hilo de pescar. Pese a todo ello, si lo sabes buscar, lo terminarás encontrando: la auténtica belleza del barrio y de lo cotidiano.

Los domingos al campo de fútbol a ver al C.D. Vicálvaro. Después tomar un vino en el *“Gredos”* o en *“El Águila”*. Pasear por San Cipriano y la Plaza de Don Antonio de Andrés mientras observas a devotos salir de misa de doce. Comprar un pollo en *“El Parrillano”*, pasteles en *“Jeycar”* o en *“los señores”* del Lago Van. Muchos padres llevarán a sus hijos al parque de Valdebernardo haciéndoles creer que van al Faunia, mientras otros celebrarán su cumpleaños en alguna de las mesas del parque y, familias de latinoamericanos, jugarán al voleibol con sus propias reglas mientras se escuche de fondo al *Daddy Yankee* de turno.

Vicálvaro (Madrid), Rodrigo Roher, Enero de 2022

Welkom to Vicálvaro

It is a photographic work made entirely in the Madrid neighborhood of Vicálvaro (Madrid, Spain). For me, to be in Vicálvaro is to be practically anywhere in the Spanish urban suburbs. Neighborhoods like it represent the true *kilómetro cero*¹ of cities. They are neighborhoods that escape the gentrification of the city center and in which the true life of the majority of the people who reside in the city is.

Vicálvaro, before being a neighborhood, was a town. It is one of the old villas that were annexed to the Villa de Madrid in the middle of the last century and which began, at that time, to

be part of the great city. But Vicálvaro has two great physical barriers that isolate it from the rest of the city and that, at the same time, give it certain peculiarities respect to other neighborhoods. These two physical barriers are the *M-30*² and, to a greater extent, the *M-40*². Thanks to them, or despite of them, it will never be fully integrated into the city. At the same time, the character of an old town, nowadays still present in many areas, means that Vicálvaro has its own historic center, something not very common in other neighborhoods.

In “Welkom” to Vicálvaro I show the reality, the day-to-day of the everyday, the close, the beauty of the invisible and what often goes unnoticed. On the other hand, I do not seek to document the life of the neighborhood in a classic way, but rather to show my reality, my world, what I see and what it represents for me. In some way, Vicálvaro is the excuse, it is the vehicle to show my photographic self. My camera becomes an instrument of active visual listening. Try to listen to what the neighborhood has to say to you. Although that communication sometimes turns into unintelligible whispers. Perhaps, another day, in another hour, in another moment, those indecipherable whispers will become perfectly understandable. I wander for hours through its streets, through its industrial estate, searching, looking and many times, most of it, without finding. Although all the streets are the same, they are all different. Although, a priori, there is not much to see, there is a lot to look at and, consequently, a lot to photograph.

My neighbors are retirees, immigrants -Chinese, Colombians, Ecuadorians-, gypsy ethnic families or young couples with *mileurista*³ jobs who have found in the neighborhood an opportunity to live with their meager salaries. Among them there is a curious variety of professionals such as taxi drivers, street sweepers, delivery men, teachers, waiters, civil servants, pensioners and many, many unemployed. Everything makes up a multicultural and multidisciplinary cocktail that, however, coexists in harmony and mutual respect. The neighborhood creates a certain community and closeness. Life in a thousand meters around. It resists change; your neighbors, too. While the rest of the city is immersed in constant change, he remains almost unchanged and therein lies his photographic interest. It is about showing in images the places where people really live and the beauty of this everyday life.

¹ Downtown.

² Ring roads of the city of Madrid.

³ Full-time worker who receives a salary equal to or less than a thousand euros.